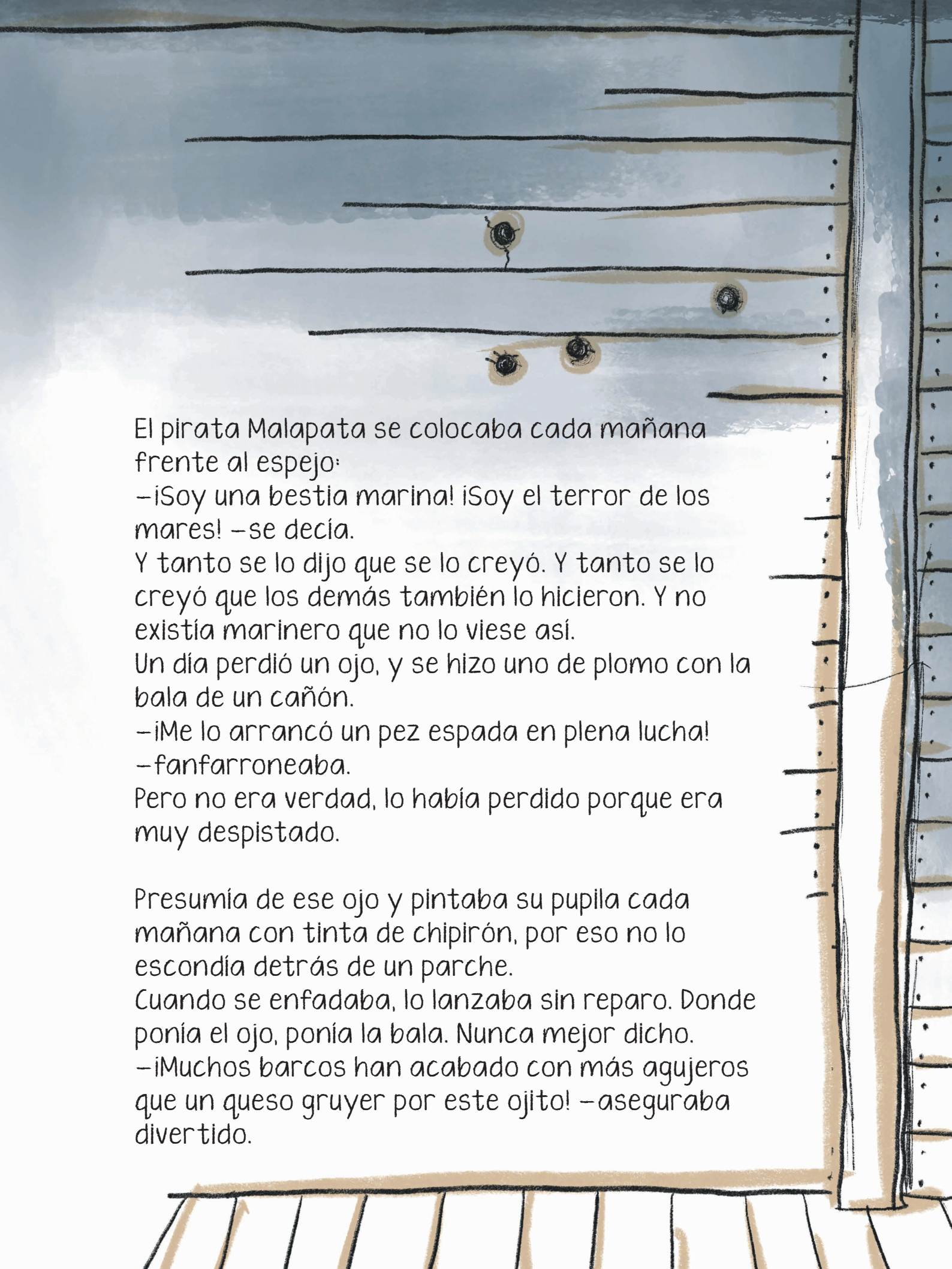


Malapata y el Cofre del tesoro

MARGARITA DEL MAZO/GURIDI







El pirata Malapata se colocaba cada mañana frente al espejo:

– ¡Soy una bestia marina! ¡Soy el terror de los mares! – se decía.

Y tanto se lo dijo que se lo creyó. Y tanto se lo creyó que los demás también lo hicieron. Y no existía marinero que no lo viese así.

Un día perdió un ojo, y se hizo uno de plomo con la bala de un cañón.

– ¡Me lo arrancó un pez espada en plena lucha!

– fanfarroneaba.

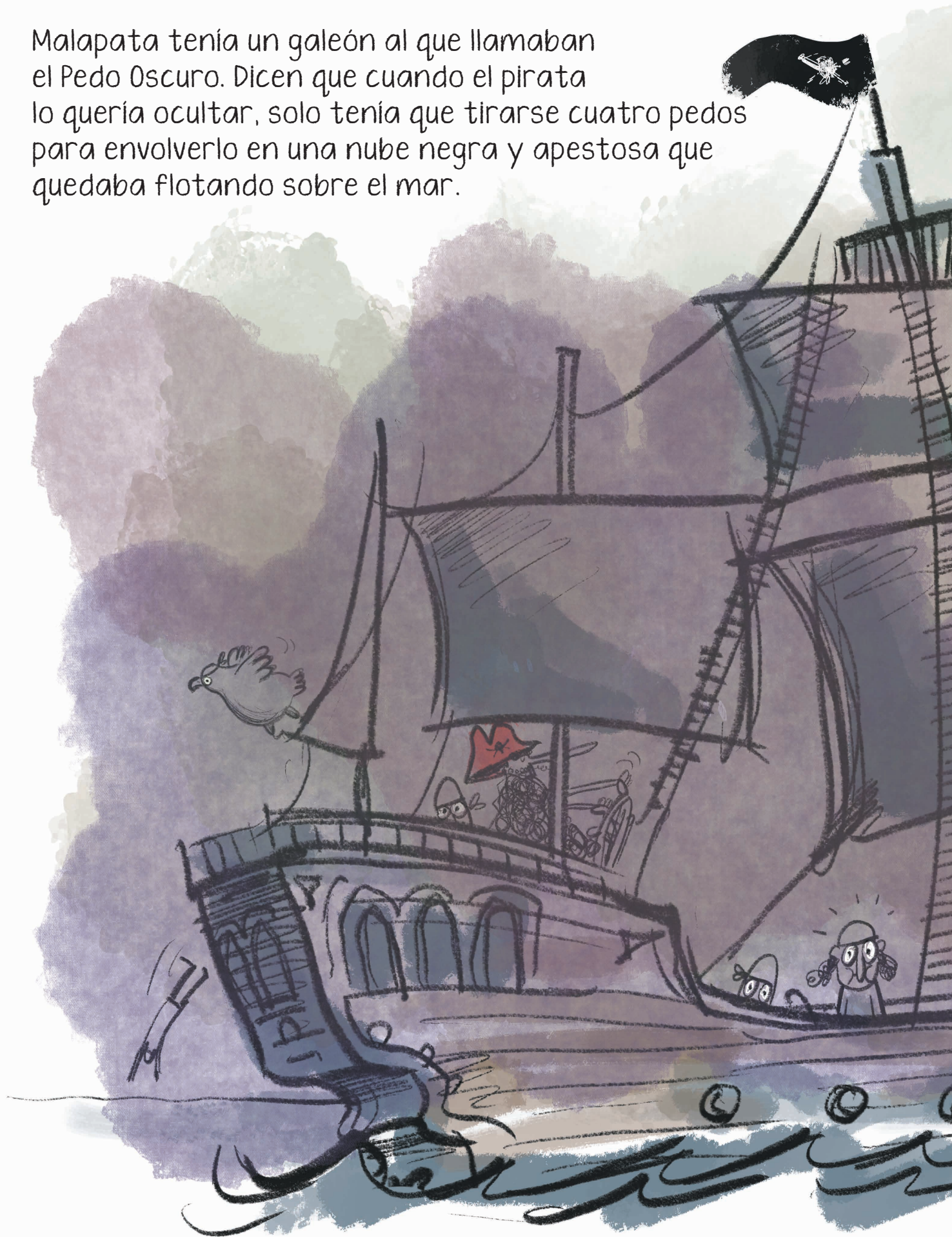
Pero no era verdad, lo había perdido porque era muy despistado.

Presumía de ese ojo y pintaba su pupila cada mañana con tinta de chipirón, por eso no lo escondía detrás de un parche.

Cuando se enfadaba, lo lanzaba sin reparo. Donde ponía el ojo, ponía la bala. Nunca mejor dicho.

– ¡Muchos barcos han acabado con más agujeros que un queso gruyer por este ojito! – aseguraba divertido.

Malapata tenía un galeón al que llamaban el Pedo Oscuro. Dicen que cuando el pirata lo quería ocultar, solo tenía que tirarse cuatro pedos para envolverlo en una nube negra y apestosa que quedaba flotando sobre el mar.



Ahora todos le temen y sus marineros también, pero es mejor estar en su barco que en el de su enemigo.
–JAMÁS SE ME HA RESISTIDO UN NAVÍO –alardeaba con su vozarrón de trueno–. En cuanto ven mi Pedo Oscuro, huyen como cucarachas de una zapatilla.

Aunque aquella noche de tormenta, eso iba a cambiar.



El viento enfurecido batía las aguas, y levantaba montañas de espuma bajo un cielo negro como tinta de calamar.

La tripulación corría a las órdenes de Malapata:

–¡ARRIAD LAS VELAS! ¡SOLTAD AMARRAS!

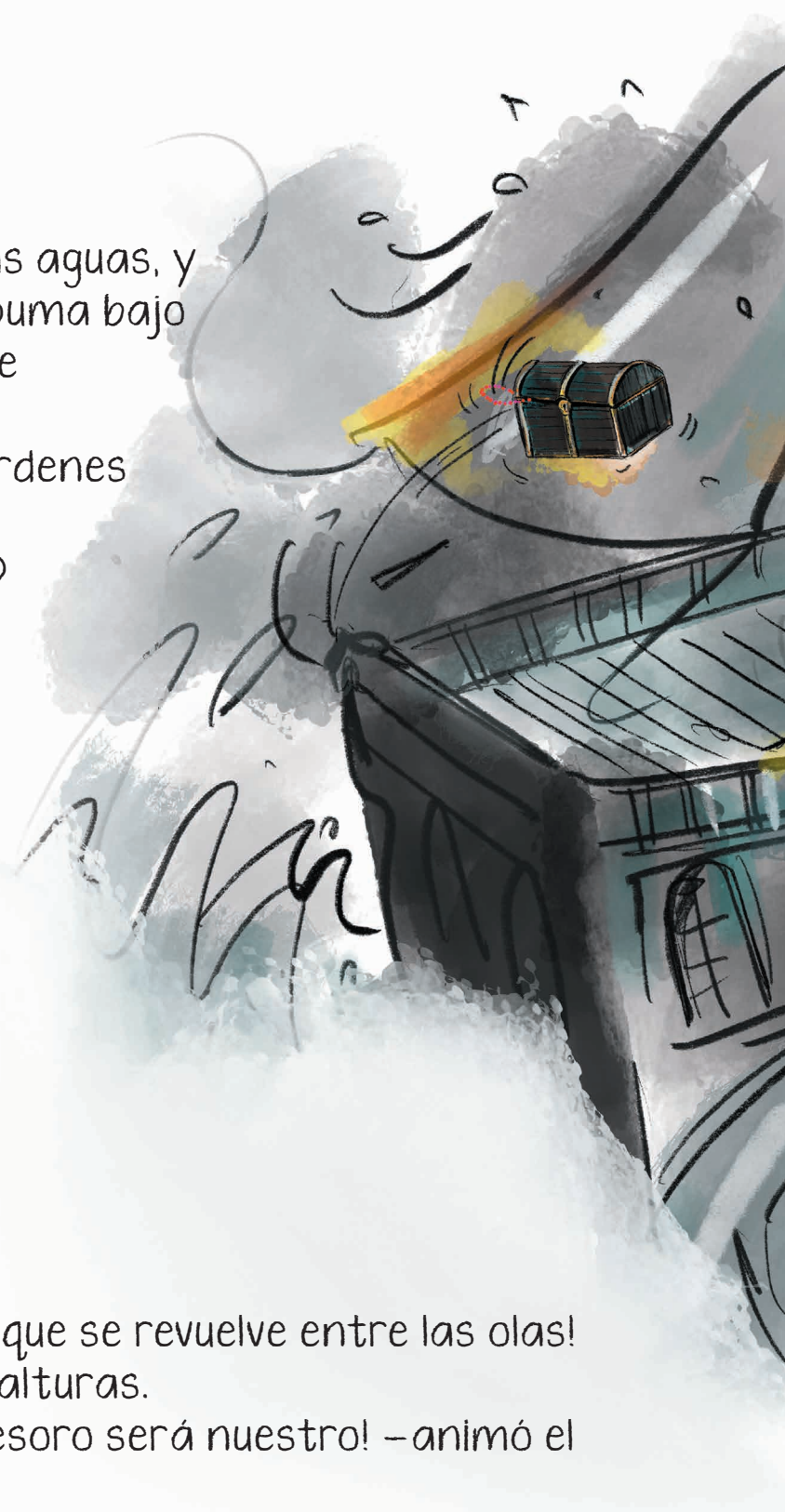
De repente, el vigía voceó:

–¡BARCO PIRATA A VABOR!

–¡A LOS CAÑONES! –gritó Malapata.

–¡Intentan coger un cofre que se revuelve entre las olas!
–alguien informó desde las alturas.
–Estará lleno de oro. ¡Ese tesoro será nuestro! –animó el capitán.

El Pedo Oscuro lanzaba cañonazos como elefantes contra aquel barco, mientras el navío lanzaba cabos para intentar alcanzar el baúl flotante.





—No huyen ni se defienden. Ese merluzo no sabe quién soy o ve menos que un topo.

En medio de esa lucha por conseguir el tesoro, el mar decidió.

Una ola gigantesca levantó el baúl y lo dejó a los pies de Malapata.
-¡ES NUESTRO! -gritó el capitán.
Los marineros lo celebraban saltando y bailando.



El cielo se silenció, las nubes marcharon a tronar a otro sitio y la luna salió como recién pintada.
La tripulación se apresuró a ver el cofre.

De repente todos echaron a correr.

–¡UN TESORO EMBRUJADO! –gritaban buscando un lugar donde esconderse.

El baúl daba botes sin parar.

–¡VOLVED AQUÍ, ATAJO DE CAGONES! –ordenó Malapata.

Estaba tan enfadado que, en un arrebato de ira,

se quitó el ojo y lo

lanzó contra
agujero del
un puño y...

